

# Pedro Casals

## Hagan juego

Salinas en San Diego

El famoso abogado  
se enfrenta al peligroso mundo  
del juego clandestino.



El abogado Lic Salinas suele reunirse una vez al año con seis condiscípulos de Harvard. Esta vez se encuentran en San Diego y uno de ellos es asesinado.

Salinas lleva adelante sus pesquisas por las peligrosas aguas del juego clandestino. El telón de fondo consiste en el proyecto de buques diseñados para convertirse en casinos piratas de lujo.

Patricia, una novelista turbadora que vive en una villa junto al Pacífico, se cruza en el camino del abogado y da una nueva dimensión a la trama.

La violencia latente que nace de un grupo de presión con dos caras —irreprochable en Estados Unidos y mafiosa en el extranjero— es la columna vertebral de la obra.

El hilo narrativo discurre por el sur de California y lleva a un final electrizante en el Madrid de los Austrias.

*A María Antonia*

*Café a sorbitos frente al mar  
hablando de Patricia y Salinas.  
Frente al mar y de espaldas a  
la tramontana.*

*Cualquier parecido entre personas físicas o jurídicas reales y las de esta novela es mera coincidencia.*

Mañana mismo; ¡oh, si fuera posible enmendarse desde mañana mismo! Renacer de nuevo, resucitar. Es menester demostrarles... Que sepa Polina que aún puedo ser un hombre. Vale la pena... Ahora ya, por lo demás, es tarde... Pero mañana... ¡Oh, me ha dado una corazonada y no puede fallarme!

*El jugador, FIÓDOR DOSTOIEVSKI*

QUÉ LEJOS ANDABA SALINAS DE SOSPECHAR el final de aquella ceremonia que lo reunía cada mayo con sus discípulos de Harvard...

Eran media docena, frisaban los cuarenta y formaban desde siempre un clan, quizás inspirados en el capítulo de la Phi Beta Kappa que se había creado en la universidad a finales del siglo XVIII.

Sus encuentros no sólo se daban para recordar la época de estudiantes ni por pura camaradería. En el fondo había buena dosis de exhibicionismo. Yo triunfo, tú triunfas, él triunfa, nosotros...

El abogado Lic Salinas tenía su propia teoría: «Lo principal es echar el ojo a las carreras de los otros, no sea que aparezca un filón y me quede a dos velas».

Lic era hombre de expresión irónica. En ocasiones como aquélla su sonrisa de *je m'en fous de la société* se acentuaba y parecía más espectador que miembro de la congregación.

Raquel Dellwood —la única mujer del clan— llevaba años viviendo en San Diego, y Bill acababa de mudarse a La Jolla —en las afueras—. Decidieron encontrarse allí y no eligieron mal. Cuesta imaginar enclave superior al hotel del Coronado, en la península que se une a la ciudad por el istmo y el hormigón del puente sobre la bahía.

Hotel de arquitectura victoriana, tejados rojos en forma de abetos de Navidad, interiores de moqueta granatosa y madera de color tabaco a discreción. Una de las mayores estructuras de madera del mundo levantada hace un siglo por legiones de chinos.

Tras el almuerzo de despedida, la mitad de los camaradas había vuelto a sus negocios. Lic Salinas ahora estaba tomando café con el cerebro matemático de la promoción, Raquel. Charlaban repantigados en sillones de tapicería de terciopelo color vino y mucha solera.

Un camarero de pajarita y chaleco negro los observaba con solicitud no pegajosa mientras esperaban a *Cara de vinagre*. En realidad sólo Lic lo llamaba así. En Harvard lo habían bautizado con la versión inglesa: *Sour face*.

Raquel Dellwood conocía bien el sur de California y una norma no escrita la obligaba a ejercer de anfitriona. Terminaría con su papel en cuanto hubiese depositado en el aeropuerto a *Cara de vinagre*.

Salinas pensaba quedarse un par de días en el hotel, «mis asuntos pueden esperar». Prefería moverse por Coronado sin ayuda de la Dellwood y le había dicho que tenía «un par de compromisos».

Ella miraba de vez en cuando el mostrador de la recepción y, tan pronto como vio aparecer por caja al «que se está retrasando», dijo a Salinas en una exclamación ahogada:

—Qué viejo está John. ¿Le pasará algo?

—Qué va. Lo suyo funciona muy bien —repuso Lic mientras pensaba: «De perfil parece un pajarito, pero la chica se conserva. Sí señor».

—Será el más rico del cementerio.

—¿Gana más que tú?

—Tiene un buen paquete de acciones, y su cadena de hoteles está creciendo mucho.

—Lo dudo...

Ella lo cortó. *Cara de vinagre* había doblado la factura y se aproximaba. Raquel, sin cambiar de expresión, fue a otro asunto:

—Debe de ser buen negocio un hotel cerca del campus de Harvard. Los del Charles no paran de recibir a entrevistadores que se acercan para reclutar estudiantes. Cada

máster puede ahora elegir por lo menos entre tres ofertas. Ésta quiero. Ésta no.

El abogado Salinas escuchaba con ojos burlones mientras extraía de su purera de piel un cigarro con forma de pata de elefante.

John Steam —*Cara de vinagre*— llegó a toda prisa, «lo siento, me han pasado una llamada y ahora tenemos el tiempo justo. Cerrarán el vuelo dentro de veinte minutos».

Raquel dijo «vamos» y salieron a escape.

Lic se puso en pie para decir «adiós, hasta pronto». Luego se arrellanó en el sillón y se fumó el filipino mientras contemplaba por las cristaleras el césped del jardín interior; «Raquel parece más una madre que una compañera de promoción».

En apariencia las cosas estaban sucediendo más o menos como siempre.



MONTADOS EN EL SEDAN JAPONÉS, Raquel y John dejaron atrás una avenida con centro de césped y palmeras, y entraron en el puente que atraviesa la bahía. Pasaron por encima del golf municipal de Coronado para describir una curva en forma de bumerán sobre el agua quieta, manchada sólo por corrientes y velas de yates.

Atardecía.

Luego orillaron la San Diego Bay. Raquel Dellwood iba pendiente de reloj y cuentamillas. No quería exponerse a traspasar el límite de velocidad, y apenas si cruzaron unas pocas frases.

Tan pronto como el coche se detuvo ante las puertas acristaladas, él descendió. Tomó la maleta flexible y ligera, y se dirigió aprisa hacia la pequeña cola de la Delta. Había llegado a tiempo y se volvió con gesto de «todo bien, gracias».

Ella le dijo adiós con la mano y pensó en su esposo: «¿Habrá llegado ya?».

Estaba casada con un ingeniero que ganaba la mitad que ella. El hombre se vengaba con sus trofeos de alcoba. La lumbrera de Harvard prefería actuar como si no se enterase, pero tenía alojado el asunto en el centro del cráneo. Un tumor.

*Cara de vinagre* era hombre de mirada viva. Le gustaba vestir bien, usar estilográficas de apariencia antañona y no confiar a otro «los asuntos clave», fueran los que fuesen. Llevaba el escaso cabello cortado con severidad y tenía expresión biliosa.

Permaneció en cola sólo unos minutos y cedió el sitio a quien lo estaba aguardando en el otro extremo de la planta de facturación de equipajes.

Más tarde se dirigió a la puerta que rezaba «men», se encerró y extrajo de la maleta una americana de cuadros llamativos, «el modelo que suele llevar Bill». Luego se encasquetó la peluca de cabello dorado y abundante. Acabó por adherirse un mostacho y ponerse gafas de cristales verdosos y montura metálica como de aviador.

John Steam permaneció en el edificio con su nuevo *look* hasta que el reactor despegó sin novedad.

Sólo entonces decidió tomar un taxi «a Del Mar».

Allí se bebió un refresco y pidió otro coche.

Llegó a La Jolla cuando ya había anochecido y recorrió los últimos trescientos metros a pie. No quería que el conductor supiera adónde pensaba encaminarse.

Llegó ante el conjunto de edificaciones de dos pisos que daban a un jardín central con piscina iluminada, hierba, palmeras y flores. La construcción era de obra vista y teja plana. El apartamento de Bill estaba a ras de césped tras un macizo de plantas exuberantes.

La primera vez que había acudido al lugar *Cara de vinagre* andaba aún pensando en «cómo zanjar el asunto» cuando advirtió que Bill ocultaba la llave de la casa entre la vegetación, dentro de un pequeño recipiente de plástico opaco que se cerraba a vuelta de rosca.

Ahora John entró cabizbajo en la comunidad. No quería saludar a nadie. En la piscina estaban nadando dos muchachas. Una le chilló, entre risas, «¡Eh, Bill! ¿Te vienes al agua?». Él hizo un gesto ambiguo y aceleró el paso. Por el otro lado paseaba un hombre maduro que ni siquiera le dijo ¡hi!

Bill vivía solo y acostumbraba a regresar tarde a casa. Aunque *Cara de vinagre* conocía bien sus costumbres, quiso comprobar que la llave estuviese en su sitio. Se calzó los guantes al abrigo del biombo vegetal que lo mantenía

oculto en la penumbra, y buscó el botecito de plástico por entre las enredaderas que cubrían el suelo.

La llave estaba dentro. John la tomó y guardó el recipiente en su maleta tras extraer otro idéntico que colocó entre la vegetación. Adelantó la quijada e imaginó a Bill en una mesa de ruleta: «Eres un jugador veterano, pero esta vez...».

Antes de marcharse, dejó caer la llave en otro lugar del macizo de plantas y se fue.

El nuevo botecito contenía una serpiente pequeña que parecía una pulsera. Una coral.

«Si se asusta, pica. Y...», se dijo John plegando los labios como si lo lamentara.

LA HERMANA MENOR DE LA DELLWOOD —Patricia— vivía en Del Mar, era escritora y Lic Salinas la había conocido un par de días antes.

Raquel la había invitado a tomar una copa con los del clan. Lic logró sentarse al lado de la Dellwood pequeña, «¡vaya bombón!», y no hizo otra cosa que charlar con ella.

Patricia hablaba con los ojos color niebla. Parecía que se volcara cuando miraba. Tenía rasgos de su hermana, aunque en ella el perfil afilado de Raquel se dulcificaba, los labios finos se hacían pulposos, el gesto de sabelotodo daba paso a una curiosidad que tenía algo de infantil.

Ahora Patricia y Lic estaban cenando en un restaurante mexicano de la zona antigua de San Diego. En el patio ajardinado de una hacienda de estilo colonial, mesas y sillones de forja pintados de blanco —cubiertos por sombrillas que hacían de pantalla de luces individuales— daban aire de exclusividad entre el barullo y la música del mariachi que se movía de aquí para allí, «estas son las mañanitas que...». Trompetas, violines, guitarras.

Tras el diálogo preliminar y las quesadillas, estaban a medio cóctel margarita cuando Lic preguntó:

—¿Escribes algo?

—¡Oh, no! —exclamó con disgusto.

—¿No estás escribiendo?

—Sí, pero no me apetece hablar de eso, ahora. No quiero conectar el piloto automático y repetir lo que diría delante de un micrófono.

—Puesss... dime lo que no te atreverías a contar en los periódicos —susurró Lic con gesto de guasón.

Patricia se bebió un buen trago y dijo:

—Estoy metida en una novela sobre un escritor que se transforma en su propia criatura de ficción.

—Vaya —exclamó Lic pasándose la mano por el cabello lacio y oscuro.

—¿Quieres saber por qué?

Él asintió con ojos brillantes.

—El escritor es capaz de comprender a los personajes de sus narraciones y moverlos a través de las páginas de los libros, pero no llega a comprenderse a sí mismo ni resolver su vida y...

—Y decides convertirte en personaje de papel para ver si eres capaz de entenderte, ¿no es eso?

Ella parpadeó. Asintió con un movimiento moroso de la cabeza y apagó el tono:

—Quizás haya algo de eso.

—¿Te atreves a meterme en tu novela?

—No sé si tienes suficiente sustancia. No todo el mundo sirve.

Salinas se toqueteó la patilla de los lentes de concha en un tic ritual y repuso con media sonrisa:

—Si lo dudarás, te callarías.

—¿Otro margarita?

Lic llamó a uno de los camareros del enjambre que batía el patio y pidió las bebidas. Ella inspiró despaciosamente. Él aire olía a jardín sureño.

Los dos colaboraron para hacer marcha atrás. El reflujo los llevó a hablar de Tijuana, la frontera que tenían a pocos kilómetros. Que si plata y ónix baratísimos. Que si ella iba a cada dos por tres. Que si restaurantes de langostas al borde del océano.

«¡Qué tía más *güena*! —pensaba Salinas, mientras se perdía en la grisura de los ojos de la chica—. Es como una Romy Schneider estilizada. Me gusta un montón. ¡Un montón!».

En cuanto decayó un poco la charla, el abogado se rasó los cabellos rebeldes de la coronilla, y tratando de edul-

corar la voz oscura:

—¿Me invitas a tomar la última copa en tu casa?

JOHN STEAM CRUZÓ EL JARDÍN del edificio sin apretar el paso. Apenas si logró dominar el impulso de echarse a correr. La chica de la piscina lo confundió de nuevo con Bill y le dijo adiós.

*Cara de vinagre* volvió a contestar con un gesto y se dirigió a la calle. Se quitó las gafas y anduvo a buen ritmo por una acera cubierta de césped. La pequeña maleta más que un peso le parecía un asidero.

Al doblar la esquina, un deportivo color hueso le recordó el de Bill, y Steam se ocultó tras un árbol.

Falsa alarma. Al volante iba un pelirrojo de cabello cortado al uno.

John tenía la boca seca. Se encaminó a una cafetería. Quería beber algo y pedir un taxi por teléfono. Pensaba hacer escala en La Mesa, quitarse la peluca, cambiarse de chaqueta y —conservando aún el mostacho postizo— tomar otro taxi que lo condujera al aeropuerto, «hay que borrar rastros».

Había previsto retornar a su aspecto habitual por etapas, como en un *strip-tease*.

Estaba sentado junto a la ventana, apurando los últimos vestigios de coca-cola aguada perdidos por entre los hielos, cuando pasó el Porsche de Bill. A su lado, iba un niño de cabello pajizo.

*Cara de vinagre* no había previsto que su condiscípulo de Harvard se acercara aquella tarde a Solana Beach para recoger a su hijo. El chaval vivía con la exmujer. «Es lo que me ha hecho cambiar de empleo —solía decir Bill—. En La Jolla estoy a dos pasos del *kid*».